

Una exposición de Pamen Pereira, pretendiéndolo o no, acaba siempre por tener el atractivo aire de los “gabinetes de maravillas” creados por viejos coleccionistas en siglos pasados. Sin embargo, a diferencia de aquellos, esta muestra no persigue la acumulación sistemática de la extraña belleza generada por la naturaleza, sino la agrupación poética de los “milagros” creados por la artista, de sus inspiradas formas de hacer visible lo extraordinario, lo inefable, a través de obras de gran variedad material y formal e inagotable capacidad de evocación.

Pamen Pereira ha reunido en *La mujer de piedra se levanta y baila* buena parte de la obra de su época de madurez creativa, forjada sin prisa a lo largo del productivo camino de la experiencia, el estudio y el trabajo. Sobre ese conocimiento acumulado, la artista ha ido construyendo un lenguaje propio desde el que afronta los temas eternos del arte, sirviéndose del dominio sutil del juego de las paradojas y combinando con total naturalidad lo estático y lo vibrante en un vertiginoso equilibrio.

Hasta ahora, con o sin razón, se veía a Pamen Pereira dentro del proteico concepto del *arte povera*, encasillamiento quizá justificado por su radical pretensión de hacer de lo cotidiano y lo más estrictamente personal la materia esencial de su obra. Después de esta “doble exposición” en León y en Logroño, la clasificación es más compleja: las cosas humildes, sin dejar de serlo, alzan el vuelo por encima del mundo de la realidad material. Todo levita y vibra, y una acertada mezcla de hálito místico y materialidad barroca hace convivir los viejos objetos (rodeados de un aura que les confiere la imponente y magnética presencia de los iconos bizantinos) con trascendentes presentaciones reminiscentes de retablos, afrontando el conjunto de la exposición como una instalación escenográfica rebosante de misterio y maravilla, sin camino definido, como un espacio ritual sin ceremonia en el que los grandes espejos multiplican las creaciones e insertan al público en la inmensa postrimería.\_

Decía Juan Ramón Jiménez que “en edición diferente los libros dicen cosa distinta”, y esa verdad de atento bibliófilo es perfectamente aplicable a la relación de las artes plásticas con los lugares donde se muestran: la obra, además de por la mirada única de cada espectador, se define por el espacio donde se contempla, donde cobra dimensión, riqueza significativa e importancia. Y esta exposición, siendo esencialmente la misma, se ha hecho doble por las diferentes cualidades de los espacios que la han acogido: las del MUSAC, concebido específicamente para mostrar arte contemporáneo en las mejores condiciones, y las de la Sala Amós Salvador, que, pensada hace más de cien años para la producción industrial, se reinventa en cada ocasión para ofrecer lo mejor de su demostrada versatilidad.

Es necesario reconocer y agradecer la apasionada entrega de Pamen Pereira para que su exposición viniera a Logroño (donde tanto se la recuerda y quiere por su presencia en otras batallas por la expresión artística contemporánea en La Rioja: Lomos de Orios, Sajazarra y Santa Lucía de Ocón); la generosidad de Manuel Olveira (director del MUSAC) para que fuese posible ese deseo, y el entusiasmo de Kristine Guzmán (comisaria de la exposición) que ha ayudado sin descanso a ordenar y poner en pie tan hermoso proyecto. Y también, cómo no, la disposición de los coleccionistas propietarios de las obras a desprenderse durante tanto tiempo de piezas tan singulares, con las que, seguramente, tienen un estrecho vínculo, y a compartirlas con nosotros. Eso es, también, amor al arte. El resultado de tanto esfuerzo, plasmado en este hermoso libro, ha merecido la pena. Ahí queda, como quedará en la memoria de los espectadores, la tensa serenidad generada por la singular obra de Pamen Pereira, emocionante y asombrosa en su belleza. Gracias a todos (muchos, afortunadamente) los que lo han hecho posible.

Francisco Gestal Tofé  
Sala Amós Salvador